Tomo II | Núm. 13

LA REVISTA

Organo de la Academia Guatemalteca, correspondiente de la Academia Española

SUMARIO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO

I. Jouy, autor de la obra "L' hermite de la Chaussée d' Antin" y Mariano J. de Larra. III.—II. Colección de voces y locuciones viciosas y provinciales que se usan en Guatemala, escrita por D. A. Batres J. (Continuación.)—III. "Centro-América Ilustrada," por R. M. R.—IV. Prefacio del diccionario de Littré. [Traducido para "La Revista," por el Lic. D. Manuel Echeverría.] Continuación.—V. Hechos diversos.

GUATEMALA

Imprenta "El Porvenir," Octava Calle Poniente, Número 5

1890

LA REVISTA

Organo de la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Academia Española

Tomo II. | Guatemala: 1º de febrero de 1890. | Núm. 13

ESTE PERIODICO

sale á luz los días 1º y 16 de cada mes. Un real es el precio de cada ejemplar, por subscripción ó aisladamente comprado. Don Miguel A. Urrutia tiene á su cargo la dirección y administración del periódico en la casa número 49 de la 6ª Avenida Norte.

JOUY,

AUTOR DE LA OBRA "L' HERMITE DE LA CHAUSÉE D' ANTIN" Y MARIANO J. DE LARRA.

(Continuación.)

III

Por mas acostumbrado que uno esté á escuchar las diversas opiniones de las gentes, sorprende el voto discordante de los amigos y de los estraños; causa admiración el criterio interesado ó adverso que generalmente preside al examen de literarios estudios, y llènase de temor el alma y de vagas inquietudes el pensamiento, cuando contrarios consejos y maliciosas reticencias, hacen imposible dar con el camino de lo cierto, si uno quiere seguir las mil encontradas opiniones de todos los que le hablan. Tal me pasa en la actualidad al escribir el tercero de estos artículos.

Quieren unos que simplemente me limite á publicar mis impresiones personales en el juicio comparativo de las obras de Jouy y las de Larra; dicen los otros, que debo concretar mi labor á traducir las producciones del articulista francés; pretenden estos, que falseando el arte, alce poco á poco el velo que los tiempos ingratamente corrieron sobre Jouy, y aseguran aquellos ser necesaria la energía y aun reclaman indignación y dureza contra los caprichos de la fama, fama veleidosa que sepulta en tenebroso olvido la memoria del escritor original, y que hace pasar á la posteridad la del que imita y embellece el cuadro. Otros, ignorantes del objeto que llevo en mira, y satisfechos de haber oído nombrar á Fígaro; pero sin leer sus obras; sin saber ni el año en que nació Jouy, ni palabra alguna respecto á su historia, me califican de audaz y temerario y juran y sostienen que es una fábula *L' Hermite de la Chaussée de Antin.* Está por demás decir que no tendré una sola palabra de respuesta para los tontos; que fuera necedad, y necedad de las de á folio hacer caso alguno de los que nunca han oìdo mencionar á Jouy, y creen baste una buena dosis de ignorancia para juzgarle.

Podría detenerme à considerar un poco semejantes pareceres, y deducir sin mucho esfuerzo, cuánta será la ilustración y la rectitud y la lógica de los que ligeramente se pronuncian en este ó en aquel sentido, ya inspirados por prevenciones personales, ya guiados por ese espíritu de recriminación, cuando un escritor sin autoridad, afirma algo casi nuevo y muy generalmente desconocido; pero vale muchísimo màs no cuidarse de rumores que se nulifican los unos á los otros, y seguir pacientemente un estudio imparcial, que si alguna fuerza puede tener, no consistirá en vanas é inútiles declamaciones, sino en hechos irrefutables, en artìculos de Jouy que es fácil comparar con los de Larra, para deducir quien sea el verdadero autor de delicadísimos cuadros y de populares narraciones.

Esa misma, eterna y risible contrariedad de consejos y de juicios creó el mas afamado de los artículos de costumbres escritos por Larra, el artículo *Quién es el pùblico y en dónde se le encuentra?;* que, como dije ya, en fondo y forma pertenece á Jouy. Hallaremos en Fígaro amplificaciones, que si se quiere lo modifican y perfeccionan; chistes y frases que le comunican un sabor nacional para los hijos de Madrid; malicias é ironías amargas que revelan el carácter y las pasiones de Larra; pero nada nuevo en la forma, nada propio en el plan, nada original en el pensamiento. La popular y brillante producción de fotografiar al público de nuestros paseos, teatros, tertulias y academias, obra llena de filosofía, de realidad, de gracia y de belleza, brotò de la pluma de Jouy y ocupó dos de sus artículos. Es el primero una correspondencia escrita el 24 de octubre de 1811, impresa en el tomo I página 119 de "L' Hermite de la Chausée d' Antin," que traducida literalmente dice:

Señor Ermitaño:

Puesto que á Ud. se dirije todo el mundo en busca de consejos, haré yo también lo que hacen los demás, esperando se sirva dar respuesta á mis preguntas. Usted sabe que nuestros autores hablan sin cesar del *pùblico:* que se sujetan al juicio del público y dan al público sus obras, público que entre paréntesis, no recibe todo lo que se le da. Dicen que el público es una divinidad para los hombres de letras; un genio que los introduce al templo de la gloria y les distribuye las coronas de la inmortalidad.

Depositando mi prosa y mis versos en los altares del público, he buscado como tantos otros sus favores; creì no serían vanas mis esperanzas, pues los diarios decían no ha mucho que era yo un escritor querido del público. Hoy han cambiado ya las cosas. Después de treinta años consagrados por mí á complacerle, el público ni siquiera me conoce. Podría en esta oportunidad gritar contra la ingratitud, y hasta escribir un libro voluminoso sobre las viscisitudes de la gloria literaria; pero preferiré mejor buscar consuelos en la filosofía que aprecia las cosas en su justo valor y que nos da fuerzas indispensables para sufrir en silencio.

He reflexcionado muchísimo en mi cuarto sobre el público, y no logrando coordinar mis ideas, le ruego esclarecer mis dudas y decirme *¿Quién es el pùblico, en dónde se le encuentra, en qué lugar pronuncia sus fallos y cómo forma sus decisiones?*

¿Es preciso cruzar las barreras ó atravesar el Sena para encontrarle? ¿Se le busca en el palacio Real ó en la Chausée d' Antin? ¿Forma sus juicios en París ó en las provincias....?

Después de haberlo meditado lo suficiente, casi me inclino á creer que el tal público es una quimera que me causa miedo, y á decir que se parece á esos espíritus de los cuales habla todo el mundo y que nadie ve.—Cuando Ud. sepa lo que me ha sucedido, seguro estoy de que será de mi modo de pensar. Figúrese que pertenecí en mi juventud á varias asociaciones literarias, en la seguridad de que el público pronunciaba en ellas sus oráculos. Leì en uno de tantos Ateneos un poema de mi cosecha y bostezó el auditorio, y no faltò tampoco un diario que insertase al dia siguiente la noticia. Poco tiempo después releí el mismísimo poema en otro Ateneo, y aplaudióme estrepitosamente la reunión á quien llamaron *pùblico.* Aunque orgulloso como debía estar por los aplausos recibidos, no pude menos que decirme: el señor público que en una misma semana censura y alaba mis versos, es un público demasiado inconsecuente y poco merecedor de que yo le consagre mis desvelos. Puede ser, agregué, que el señor público no juzgue digno ni conveniente el asistir á los Ateneos. Fuí con tal motivo á buscar al público en los teatros; y para conseguirlo hice representar en ellos la primera de mis tragedias. Juzgue Ud. de mi asombro al presenciar que unos la silbaban mientras otros la aplaudían: hubo disputas, garrotazos y duelos por causa de mi obra; y puedo asegurarle que hasta me avergoncè de haber consumido seis meses completos de mi vida, en trabajar por complacer á un público que se entrega á semejantes excesos. Hablaron los periódicos de mi tragedia, comparándome los unos á Racine y asegurando los otros que valìa yo mucho menos que Pradón; y todos peroraban en nombre del público. ¿No asistirá el público al teatro, como no concurre tampoco á los Ateneos? exclamé sin contenermé. ¿Será verdad que no hable ni por pienso por boca de periòdicos....?

Esta duda me hizo formar la firme resolución de no escribir más ni para los Ateneos, ni para los teatros, ni para los periódicos. Ocupème en redactar una obra de moral diciéndome: Los maestros de la sabiduría, alejados del tumulto y en el silencio del gabinete serán los que me juzguen, y me juzgarán sin interès y sin pasión, y en ellos hallarè por fin al público que busco, y que habrà escogido por intérpretes suyos á los sabios de la tierra; esta vez el público que sentencie mi obra estarà siquiera de acuerdo consigo mismo, ya que no pueden ni deben existir tan variadas opiniones con respecto á la moral."

Ese fué poco más ó menos mi razonamiento, y seguro de su exactitud, debo francamente manifestarle que me tenía sin cuidado el juicio del público; pero me engañé de nuevo. Mi libro de moral estuvo á punto de exitar una sedición: me proclamaron muchísimos lectores bienhechor de mi siglo y del género humano; acusáronme otros de desquiciar la sociedad desde sus cimientos: los mas exaltados de mis partidarios me llevaron en procesión una corona de laurel y sostuvieron que debía erigírseme una estatua como á Russeau; otros varios que

combatían semejante parecer, se agruparon en torno de las ventanas de mi casa y gritaron á voz en cuello que me quemaran vivo por mi libro de moral; siendo el final de todo, el que se enfurecieran los partidos, lanzándose el uno al otro groseras injurias, y llegaran hasta desafiarse por una obra escrita con el único objeto de unir á mis semejantes con los vínculos del amor y de la paz.

Ya podrá Ud. deducir que no he reconocido en tales desmanes al público que buscaba, creyéndole oráculo y divinidad de los hombres de letras. Hoy por hoy como ya no sé que pensar del señor público, me congratulo de vivir olvidado.

Representan unos al público semejante á un genio divino, con la espada y las balanzas de Themis en la mano, pronto á juzgar de las pretensiones de los autores, y á condenar sin apelación las malas obras literarias, y dicen que el público está en todas partes, por mas que se oculte à todas las miradas; le describen los otros como á una especie de monstruo furioso; mil reptiles silban sobre su cabeza; deja por donde pasa la cólera, el orgullo y la envidia; son dulces á sus oídos los gritos y las lamentaciones del amor propió lastimado; inmola todas las tardes una víctima en el teatro y devora todas las mañanas un autor para su desayuno. Tales son las ideas que se tienen del público; y todos se llaman el público; y el mas pequeño grupo de tontos, gracias á esa cualidad, cita á su tribunal al universo; y no escasea, sin embargo una incontable muchedumbre de gentes que diariamente falta al respeto al señor público, que lo insulta en sus periódicos, que toma su nombre para cometer mil desatinos y aplaudir otras tantas necedades y barbarismos, lo que me obliga á pensar que si el público realmente existiera, no serìa tan embustero, ni dejaría sin venganza los insultos y los ultrajes que se le prodigan, todas las mañanas en los diarios, todas las tardes en los Ateneos y todas las noches en el teatro.

Todo bien considerado me induce á creer que el público, es simplemente una divinidad de la fábula; pero si Ud. señor Ermitaño, le ha encontrado por casualidad en parte alguna, sírvase decirme qué figura y trazas tiene y cuales serán los signos y señales que den á conocer sus juicios y sentencias.

Incredulus.

La sencilla y filosófica correspondencia que dejo traducida, basta en buena ley de crítica literaria á deducir que faltó originalidad en el artículo de Fígaro; por mucho que atribuyendo á buen humor el paréntesis de *artículo robado*, los deslumbrados por el ingenio de Larra no admitan discusión alguna sobre el particular. Fígaro mismo parece prevenir toda ulterior objeción; pero dígase lo que se quiera, nadie, aun tratándose de notabilidades de primer orden, puede tener legítimo derecho de traducir con amplificaciones y cambios la producción de otro, callándose el nombre del verdadero autor; que la salvedad indica entonces, menos que una confesión de falta de originalidad, una arma de defensa para responder al ataque, cuando la crìtica descubra al propietario del pensamiento y de la belleza.

Algunos de los que me lean du-

dará aún de las deducciones expuestas, porque la correspondencia traducida solo prueba idénticas ideas, pero no trama ni forma parecidas, observación que debo desvanecer traduciendo igualmente de Jouy el verdadero artículo que examino y comparo.

En el tomo II página 169 y fecha 2 de mayo de 1812 se lee lo que sigue:

EL PÚBLICO

Fluctuque, magis movile vulgus
Horacio, libro IV. Epístola á Mæc.

El público es mas movible que las olas

No se escribe tan fácilmente como se cree un artículo de periódico. Cuando al tomar la pluma me hago cargo de que es indispensable agradar á gentes de edades y caracteres diversos, y contentarlas en aquel punto del día en que los lectores nos juzgan con serenidad y por lo mismo con la menor benevolencia; cuando reflexciono en todo lo que precede, hallo que es tarea dificilísima la de escribir, y ya sea por modestia, ya más bien por amor propio, renuncio generosamente á mi propósito. El epìgrafe de mi trabajo suele ocuparme horas enteras. ¿Habrá modo y manera de complacer al desocupado que se desayuna en el café y desea dividir su atención entre lo que lee y lo que come, temiendo fatigar un poco más el espíritu que el estómago? ¿Lograré distraer al comerciante, que al cabo de doce horas de trabajo en seguir las fluctuaciones de la bolsa, cree posible ocuparse en la lectura del folletín el breve tiempo que pasa entre las manos del peluquero? ¿Será mi artículo del gusto de la damisela que arregla su tocado á mediodía, y cuyo primer afán (después de verse de los pies á la cabeza, leer sus cartas de amor y recibir á la modista) es el de fijar sus ojos en el diario, aun cuando no sea sino para ver que diversiones se dan en la ciudad?

La dificultad de conciliar tantos gustos heterogeneos me parece hoy insuperable como nunca, y pensando en ello exclamó sin saberlo: "No es tan sencillo y hacedero como parece el agradar al público." La palabra *público* me trae á la memoria el recuerdo de una delicada carta escrita por uno de mis corresponsales preguntado: *¿Quién es el público y en dónde se le encuentra?* Después de haberlo reflexcionado muchísimo y poco satisfecho en verdad de las respuestas que yo mismo me daba, determiné consultar con los hombres que abren la boea de ordinario para hablar del público.

La primera persona á la cual me dirigí fué un joven autor de melodramas que ha obtenido éxito brillante en nuestros teatros; y díjome que el público lo componía esa reunión de hombres esclarecidos que frecuentan los espectáculos y cuyos votos deciden de las obras literarias y de sus autores. Quiso la casualidad depararme pocos momentos después á uno de esos desgraciados cortesanos de Thalía, Polymni y de Melpoméne agobiado á fuerza de caídas y de silbas: "Si Ud. quiere que le responda con franqueza (díjome de endiablado humor) haga las de Chamfort y pregunte cuantos necios se necesitan para componer un *público?*" Fuí recibido de

igual manera por un predicador que hace cabecear á su auditorio; consulté á uno de tantos médicos y creía firmemente que el público lo componían sus enfermos, público que gracias á sus recetas disminuye todos los días. En una palabra, después de hablar por separado á comerciantes, abogados y personas de gran tono, quedé más convencido que nunca de que el público es un sujeto inexplicable, perteneciente más bien á la observación que á la ética, cuyo estudio debe hacerse del natural; puesto que un paseo dominguero enseña en pocas horas muchísimo más que profundas meditaciones. Resolví, pues, recorrer los sitios frecuentados por el público, público que, según la definición de cierto escritor, es el soberano de quien dependen los que trabajan por el lucro ó por la fama. Bien fácil es engañar á este monarca como á los otros, pues sus caros favoritos suelen ser gentes que no valen dos cuartos. Al llegar á la calle de Monte Blanco, permanecí un instante indeciso sobre el camino que debía seguir; por hábito iba á confundirme con la muchedumbre que se encaminaba á las Tullerìas; pero fuí arrastrado en sentido opuesto por otra multitud. A despecho de mi voluntad y con marcada indiferencia, penetré al *boulevard du Temple*, no sin fijarme en que tratándose de paseos ya se hace difícil dar con el gusto del señor público. Ahí se dividìa la inmensa muchedumbre; una parte considerable entraba á los cafés, otra se detenía ante los aparadores de comercio. Continué con la que formaba el mayor número: las salas de la fonda estaban de bote en bote, y si es cierto lo que dijo Bautru, que el café es un lugar en donde la locura se vende en forma de botellas, puedo asegurar que en ninguna otra parte se hacía, como en esa fonda, comercio tan considerable.

Cuando se quiere observar bien es necesario sustraerse hasta de la propia observación, y por lo mismo deslicéme sin ruido por entre los grupos más alegres. El vino de Suréne comenzaba á subirse á la cabeza del *público*, y tuve pena al oirle en ese estado, medio borracho, pronunciando sus oráculos á favor de cien bocas discordantes.

Pude sacar en limpio que la conversación general rodaba sobre el establecimiento de un nuevo café que debía rivalizar con los más acreditados. Ocho dìas justos y cabales hacía que no se hablaba en la Courtill y sus alrededores sino de la belleza del local, de lo magnífico de la orquesta y de la famosa adquisición hecha por el propietario. Tal fué la rara y grande novedad. Salí, no sin haber escrito en mi cartera: "El público toma vivísimo interés por la apertura de un nuevo figón denominado "*Barreau-Vert.*"

Confundíme de nuevo con la muchedumbre; esta aumentaba más y más á cada paso, y presto arrebatóme la fuerza de aquel torrente. En los agudos gritos lanzados por las mujeres medio sofocadas reconocì que me hallaba en "*La Gaîté*" en donde se representaba por la vigésima vez el melodrama de la "*hija salvaje.*" Con ímprobo trabajo pude escaparme de semejante tremolina, y sin poderme explicar el pésimo gusto del *público* que prefiere espectáculos tan estravagantes, ridículos é indignos de una nación civilizada, nación que no necesita para consumar la ruina del arte dra-

mático, sino de autores que escriban en francés. Refugiéme al jardín de el turco. Allá todo era ruido, movimiento, tumulto; aquí todo permanecìa en calma, como que era la asociación de los señores vagos de *Marais:* unos sentados en semi-círculo discutían gravemente un raro caso de longevidad, dando fe á las palabras de la *Gaceta de Presbourg:* y los otros, los más, veían extasiados el juego de billar, esperando con paciencia la oportunidad de dar su parecer con respecto á una equìvoca carambola. Este *público* me pareció el más idiota de todos los públicos. Le abandoné en busca de otro; y ya bastante mal humorado contra el señor *público* en general, me dije por el camino: ¿Cuáles serán las razones que obliguen á las gentes á trabajar por agradarle? Por el público pasa el actor meses enteros gesticulando ocupado en el estudio de su papel y en busca de públicos aplausos; el artista como el poeta consumen su vida por obtener sus sufragios, y por el público pierden medio día en el tocador las jóvenes que desean llamar la atención. ¿Por qué el hombre de valer hace tantos sacrificios en busca del público favor? Me explico y comprendo el afán que muchos se toman por atrapar al público los cuartos.

Entro al teatro de la *Comedia Francesa;* la representación habìa concluido; pero yo deseaba saber lo que pensaba el público. Una mitad la aplaudiò con furor, la otra la silbó con estrépito; busqué, pues, en vano en este fallo contradictorio la prueba de rectitud que dicen es una cualidad distintiva de los juicios del *público.*

A los salones más brillantes de París en casa de Mme. de R. . . .fuí á hacer mis últimas apuntaciones sobre el público que me había ocupado el día entero. Este nuevo exámen no hizo más que aumentar mi incertidumbre y confundir mis ideas: la mezcla de rangos, edades, sexos y fortunas creaba una enorme diversidad de sentimientos, de gustos y de opiniones; sentimientos, gustos y opiniones que no se pueden sumar nunca (para servirme de un término de matemáticas) por la sencilla razón de que las cantidades son heterogéneas. Tres ó cuatro señoras, sentadas en el sofá tributaban culto á la frivolidad; varios jóvenes jugaban boliche; graves é importantes personages, en el rincón de la chimenea, combatían ó alababan la memoria del secretario perpetuo de la Academia Francesa; obtusos y barrigones negociantes arreglaban en un quítame allá esas pajas fuertes especulaciones sobre la baja del *rubro,* mientras que un grupo insignificante de amantes de la música, metía más ruido que todos juntos, [inclusos los que jugaban boliche) y disputaban hasta arrancarse los ojos á propósito de *Don Juan,* del *Casamiento Secreto* y de *Juan* de *París.*

Si se me exige ahora que deduzca una consecuencia de las observaciones que he hecho, diré que cada clase de la sociedad cuenta su público: que estos diferentes públicos tienen no obstante caracteres que les son comunes y de cuyos rasgos se compone la fisonomìa del público en general: que su opinión *flotante,* para servirme de la expresión de Montaigne, se decide muy á menudo por el motivo más frìvolo ó por la parcialidad más irritante y provocadora; que el público se encariña con los objetos más fútiles y olvida los más importantes servicios; que lo concede

todo á la intriga orgullosa, mientras desprecia el mérito modesto; y en fin, que mucho se equivocan los que le confunden como juez con la posteridad, que revoca casi siempre todos sus fallos.

(Se continuará.)

COLECCIÓN

DE VOCES Y LOCUCIONES VICIOSAS Y PROVINCIALES QUE SE USAN EN GUATEMALA, ESCRITA EN ORDEN ALFABÉTICO POR

Antonio Batres Jáuregui.

(Continuación.)

Guanaco.

Del quichua *huanaco*, se llama *guanaco (auchenia guanaco)* al más corpulento de los cuadrúpedos indígenas de Chile; y metafóricamente dicen allí *guanaco*, tanto en la terminación masculina como en la femenina, de la persona que por su continente, ademanes, largo cuello y delgadas piernas, se asemeja algún tanto á los guanacos, según esplica el autor del diccionario de chilenismos.

"Nosotros llamamos guanaco, no sólo al que ha nacido en los estados de Centro-América fuera de Guatemala, sino á los naturales de los mismos pueblos de la república.—Lo que el portugués para el castellano, es el *guanaco* para el *chapín* del vulgo. No hay anécdota ridícula que éste no atribuya á aquél;y si se trata de un recién venido *bayunco*, es bien sabido que se ha de decir que se arrodilla delante de las boticas, que toma por altares; que pide en la *nevería* agua caliente para entibiar los helados; que se asombra de que los *chapines* edificasen la ciudad en este *pedrero*, habiendo cerca llanos tan hermosos; que pregunta si la catedral es *hecha aquí*, y otras ocurrencias semejantes, que prueban menos mala voluntad, que deseo de embromar y de divertirse." (Salomé Jil.—"El Guanaco," Cuadros de costumbres, tº 1º pág. 50.)

"Por lo cual á pesar de ser *guanaco*,
En su modo de hablar era europeo,
Y además tan galán, tan currutaco,
Que nadie le igualaba en un paseo:
A la verdad era un poquillo flaco,
Y visto de perfil era algo feo,
Y algo pecoso, y le faltaba un diente;
Mas era muy buen mozo, muy decente."

(Pepe Batres.)

Guantón.

Decimos así, por el golpe dado con la mano abierta, que en buen castellano es *guantazo*, *guantada* y *bofetón*.

Guayaba.

Nada diremos de esta sabrosa fruta americana de forma aovada, que se llama *guayaba*. Queremos hablar de esas *guayabas*, que no se comen, por cierto, y que sin embargo andan en boca de todos, así en el Perú, como en Guatemala, así en Cuba como en Colombia; de esas *bolas*, que corren; del *canard* de los franceses, que vuela; del *bacho* limeño, que se usaba hace unos treinta años; de los *chiles* que cuentan nuestros muchachos; de la *grilla* de los madrileños; del *embuste*, de la *mentira*, que llamamos *guayabas*. ¡Ah esas son

guayabas! Dicen en Madrid ¡esa es *grilla!*

Gracejada.

Como aquí llaman *gracejo*, al que hace payasadas, y no como en España, al chiste, gracia y donaire en el hablar; de tal suerte que allá es adjetivo y aquí sustantivo, en significación contraria; viene resultando que *gracejada*, que no está en el Diccionario, equivale á payasada. Si en Madrid dicen á alguien que tiene gracejo, lo toma por elogio; mientras que en Guatemala, si á alguno le llaman *gracejo*, lo recibe como injuria.

Guayabal.

Quiere decir en castellano, terreno sembrado de *guayabos;* pero aquí tomamos el nombre de *guayabal* por el árbol, por el guayabo, como decimos narajal, por naranjo, granadal por granado, cocal por coco, &. &.

Guanaba.

En castellano es *guanabana.*

Guangoches.

Son unos morrales, que se usan para recolectar el café, durante la cosecha.

Guaro.

A un loro pequeño, mayor que el perico y muy locuaz, se le da el nombre español de *gúaro*, que entre nosotros es sinónimo de aguardiente, acaso porque el que bebe mucho de este licor se pone como un *guaro*, de alegre y charlatán. "Tan orgulloso Fulano; parece que uno no supiera que todo su *pisto* lo ha hecho con el *guaro*, con la *clandestina* y con las *chicherías.*"

Guarumo.

Es un árbol esbelto (Cecropia peltata, palmata) que abunda en nuestras costas y en todo el continente americano. Las hojas y la corteza son astringentes. El *guarumo* de hojas blancas es un buen remedio contra la hidropesía y dolores del bazo, y lo emplean también como vulnerario, es decir, para preservar de la supuración á los que han sufrido golpes fuertes. El Dr. Michelena, catedrático de cirujía de la Universidad de Caracas, refiere haber empleado con buen suceso las hojas del *gurrumo* blanco en casos de movilidad nerviosa. El mismo profesor ha observado que, bajo la influencia de esa sustancia, los latidos del corazòn se vuelven más lentos de una manera notable, sin padecer los órganos digestivos. Las hojas del *guarumo* blanco (hay otro de hojas moradas) reemplazan á la digital de Europa, con ventaja; porque su acción es más duradera, segura y constante, sin causar los malos efectos de la digital. Sabemos que aquí en Guatemala el Dr. D. José Farfán ha empleado, con éxito sorprendente, las hojas del *guarumo* como un buen anti-asmático. A pocos días de la decoción tomada por agua común, y preparada con una hoja por cada botella de agua, se consigue ordinariamente una curación duradera. El Dr. D. Antonio Rodrìguez, catedrático de materia médica en la Universidad de Caracas, ha comprobado ese hecho nuevo en terapéutica. Todo lo que á este artìculo se refiere, lo hemos tomado de una obra del Dr. F. Bayón; y aunque sea saliendo algún tanto del objeto que nos hemos propuesto, que es gramatical y filológico, nos ha pa-

recido conveniente dar á conocer las propiedades del *guarumo.*

Guapinol.

Hermoso árbol de nuestras costas que da unas vainas de tres celdas, que contienen un polvo amarillento arinoso, de olor desagradable, que muchos comen. Llámase también *copinol.*

Guate.

Siembra especial de maiz, conocida también por *regadillo;* hecha en surcos muy poco distantes unos de otros. Destínase á forraje.

Guarapo.

Es voz americana que se aplica al jugo de la caña de azúcar, que se extrae exprimiéndola, y que por vaporización produce el azúcar. Se deriva del cumanagoto *huarapu*, que quiere decir *tasa*, según asegura Rojas, en sus "Cien vocablos indígenas de Venezuela.

Guazapa.

Es una especie de trompo pequeño con mucho vuelo y que se hace bailar con la mano. Decimos de una persona de baja estatura, rechoncha y bulliciosa que parece una *guazapa.* En España dicen que parece *peonza.*

Guardabarranco.

Es una ave canora, que los naturalistas conocen con el nombre de *ylomane superciliaris.*

Guarda.

Al *guardabarranco*, suelen decir simplemente *guarda.*

Guachoco.

Es un pájaro pardusco, como una paloma, de ojos colorados, que produce una especie de canto con el cual imita su nombre de *guachoco.*

Guasanga.

Llamamos á una riña, á una pelotera.

Güeno.

Es muy vulgar decir *güeno*, *güelta*, por bueno, vuelta.

Güeso.

Muchos pronuncian *güeso*, *güero*, *güérfano*, con *g* en vez de pronunciar la *h* muy suavemente en tales palabras.

Güegüecho.

Ignoramos el orígen de esta voz que equivale al *goître* de los franceses, al *bocio* español, y al *coto* de los peruanos. También se llama *papera* (de papo) según el diccionario. Hablando metafóricamente dícenle *güegüecho* al tonto, al pelele, que obra con candidez, al que no es listo. "¡No soy tan güegüecho: no me hace operación!" dicen por acá, en vez de "¡No soy tan simple: no soy tan cándido!"

Don José Milla, en la descripción de un platero, llamado Candelario, asegura que era:

"Medio visco, sin dientes, contrahecho,
"Con el apéndice de un gran *güegüecho.*"

("Don Bonifacio," pág. 47.)

Güergüero.

La parte superior de la traquearteria se llama *garguero* ó *gargüero*, que no

güergüero, como dicen muchos paisanos nuestros.

Gurguciar.

Este nuestro verbo significa averiguar con cauteloso empeño, con malicia, algo que deseamos saber.

Güicoy.

Es nombre indígena de una especie de calabaza.

Güisquil.

Al *chayote*, fruto de la planta que se llama *chayotera*, dícenle por acá *güisquil*, palabra que en otras partes se toma en sentido torpe.

Güisespín.

Planta medicinal, especie de zarza, conocida también con el nombre de *uña de gato*. En Honduras le dicen *frioga platos*.

Gurrumina.

La contemplación excesiva del marido á la mujer, se llama en castellano *gurrumina*, onomatopeya del arrullo del palomo; y *gurrumino* es el esposo que acaricia en demasìa á su mitad.

Esto es en España; que por acá, se dá el nombre de *gurrumina* á todo lo que causa peremne molestia; así á un dolor ligero, pero reacio, como á una persona que enfada con sus ocurrencias repetidas. Al *gurrumino*, diríanle aquí *melcochoso* ò *meloso*.

Guiso.

Es muy común en el uso familiar, *guiso* por *guisado*. Guiso es la salsa ó condimento con que se prepara el *guisado*, que es la vianda. Guiso el sustantivo, *guisado* el participio de guisar ó el abjetivo sustantivado.

Güiriche.

Es el nombre que dan al novillo flaco, que destinan para engordarlo y conducirlo después al matadero.

Guineo.

Así llamamos á una especie de plátano ó banano, probablemente por ser originario de la región africana que lleva el nombre de Guinéa.

Guatales.

Nombre que dan los campesinos á los terrenos que sirvieron para maizales, y á donde llevan comunmente los ganados á pastar.

Guachipilín.

Arbol de nuestras costas, apreciado por su madera fina amarilla, que sirve para construcciones rurales.

(Continuará)

"Centro-América Ilustrada."

Una nueva Revista literaria ha empezado á publicarse en Guatemala, como signo evidente del notable movimiento intelectual que está levantando el nombre de Centro-América y abriéndole los caminos de la gloria y la prosperidad.

Para escribir en la nueva Revista, están listos los mejores literatos que en Guatemala trabajan con tesón y

éxito en el campo de las ciencias y las letras. La nòmina de colaboradores es selecta y brillante.

Y de algunos de los caballeros cuyos nombres componen esa lista, vamos á decir algo, porque nos son bien conocidos, y nos es sobre manera grato y honroso divulgar noticias que pueden servir para enaltecerlos y popularizarlos más.

Ramón Rosa es un prosista brillante. Ha figurado como político y ha descollado como literato vigoroso y patriota. En Honduras inició un movimiento literario fecundo, con sus obras sobre historia patria y con sus amenas conversaciones públicas en veladas y academias. Ha escrito biografías de personajes centro-americanos y, al tiempo que su pluma, ha puesto su dinero al servicio de la propaganda de las glorias de aquellos hijos de Centro-América que murieron infortunados en la tierra para vivir resplandecientes en la historia.

Antonio Batres Jáuregui es otro buen servidor de la literatura en América. Ha publicado un libro, en que estudia las principales producciones de los poetas de este continente, y en la cátedra se ha distinguido con sus lecciones de Literatura.

José Joaquìn Palma es en América universalmente conocido; él es el trovador armonioso, rimador de amores, poeta, el único quizás en su género, que ahora logra hacerse oìr diciendo versos rebosantes de armonìa y cantando asuntos de amores y románticos ensueños. No es poca cosa, por cierto, ganar fama con décimas dulces recitadas en los salones; pero supo Palma imponer su estilo y seducir, y ahì lo tienen, poeta nunca olvidado entre damas enamoradas y caballeros galantes.

Aunque de género diverso al de Palma, figura entre los colaboradores de la Revista á que nos referimos, un poeta de ingenio poco común y que goza de gran fama. Es J. F. Aycinena. Es clásico en la forma, y en el pensamiento suyo hay profundidad filosófica y vuelos serenos de águila caudal. Sus odas son como para leìdas en la Academia y para premiadas en un certamen. En un concurso literario á que invitò el Ateneo de Lima, suya fué la obra que obtuvo el primer premio. Ha escrito mucho; pero ha publicado poco, debido á la modestia de su carácter. Sin embargo, hoy parece entrar de lleno en la vida literaria de su país.

Salvador Falla es jurisconsulto de mérito y un propagandista fervoroso de las ideas modernas. Como periodista, tiene ganadas más de una batalla honrosa, y sabe manejar con buen gusto el habla castellana.

Más correcto y atildado que Falla es otro colaborador de la nueva Revista. Nos referimos á Agustín Gómez Carrillo, cuya erudición es poco común y cuyo estilo es terso, vaciado en moldes de una pureza sin tacha. Ha escrito mucho sobre historia, política, literatura y legislación, y su fama de escritor castizo traspasa ya Centro-América y en España obtiene ratificación cumplida.

Nos ha complacido ver el nombre de Miguel Ángel Urrutia entre los de tantos notables ingenios que han metido el hombro en el sostenimiento de la *Revista Guatemalteca*. De Urrutia hace tiempo que nada leemos, y ya sea porque á nosotros no llegan los periódicos y libros todos de Centro-

América, ya porque él hubiese olvidado el cultivo de las letras, el caso es que ignorantes hemos estado de noticias acerca de él ó de su labor literaria. Urrutia es de clarìsimo talento. Poeta y prosista, el verso y la prosa con que viste su pensamiento es siempre cosa apreciable y bella. Tiene dotes de crítico, y en sus artìculos abundan esas sales cultas y esos decires y donaires propios del escritor ingenioso y espiritual.

Otros, muy notables escritores todos ellos, cual más, cual menos, prestan con sus nombres valioso ornamento á la *Revista de Centro-América*. Allí está A. Machado, orador eminente: Valero Pujol, español notabilìsimo, que á Centro-América ha prestado grandes é inapreciables servicios con su ciencia, con sus ideas de progreso y de reforma, con sus lecciones en la cátedra, con sus artículos en la prensa y su palabra en la tribuna:—Manuel Diéguez, hijo de uno de aquellos dos hermanos Diéguez, los más dulces é inimitables poetas del habla castellana en América, Manuel Diéguez, que es jurisconsulto, poeta y periodista que con ameno estilo está dando vida á las tradiciones populares centro-americanas, hombreándose con R. Palma;—César Conto, colombiano famoso, cuyo nombre sólo basta para que uno aplauda y se descubra, al solo pensamiento de los méritos científicos y literarios con que se presenta ante el mundo el caballero que lo lleva; y con estos literatos que hemos citado, está manuel Manuel Montúfar, joven poeta; Ramón Uriarte, literato ya ilustre y poeta famoso desde su mocedad, y Ramón A. Salazar, que es digno colega de toda esta legión de pensadores y caballeros de la palabra elocuente, de la pluma elegantísima ó de la lira maravillosa.

La nueva publicaciòn de que hablamos, y que tanto entusiasmo nos ha producido, tiene que vivir mucho tiempo. No puede tan fácilmente morir aquello que está alentado por almas tan vigorosas y cerebros tan superiores. Por el contrario, de día en dìa aumentará en fuerza esa empresa, y no decimos en prestigio, porque ya lo tiene bien ganado. Esta fuerza á que nos referimos, es el incremento de su artística riqueza, para que pueda poner los grabados que ilustran sus páginas á la altura del texto con que justamente se ufana.

El saludo que hacemos á la *Revista Ilustrada de Centro-América* no es simplemente galante bienvenida de compañerismo en el campo de la prensa. El saludo de La Revista Ilustrada de Nueva York á su nueva hermana, encierra algo más que eso: significa la expresión del legítimo orgullo que como centro-americanos sentimos, al ver que en aquella tierra de nuestro amor hay mucho de bueno y envidiable en el orden literario, lo cual nos da ocasión para esta jactancia inocente, que es también noble, porpue el patriotismo es quien la inspira.

Wáshington, 1889.

R. M. R.

[De *La Revista Ilustrada de Nueva York*, núm. 108.]

PREFACIO

—DEL—

DICCIONARIO DE LITTRÉ

(Traducido para "La Revista," por el Lic. D. Manuel Echeverría.)

(CONTINÚA)

Entre nosotros, el uso contemporáneo, tomado en un sentido lato, encierra el tiempo que ha corrido desde el origen del período clásico hasta nuestros días; es decir que, comenzando en Malherbe, cuenta hoy más de doscientos años de duración. Ese intervalo está lleno de multitud de escritores de todo género, de los cuales unos hacen autoridad y los otros, sin gozar del mismo renombre y crédito, merecen sin embargo ser consultados. Eso forma un vasto conjunto, en el cual los más antiguos tocan al arcaísmo y los más recientes al neologismo. En el plan que me he formado de un diccionario, no pueden dejar de entrar unos y otros y de ocupar un lugar muy importante. Su presencia, con el auxilio de ejemplos tomados de sus obras, comprueba el uso, autoriza las locuciones, aumenta las significaciones, y es el apoyo más seguro del que pretende asociar la lexicografía á la crítica.

Así, según la manera de ver que me ha guiado, debe ser un diccionario, ó, si se quiere, es un registro muy extenso de los usos de la lengua; registro que, con el presente, abraza el pasado, por todas partes donde el pasado arroja alguna luz sobre el presente, en cuanto á las palabras, á su significación, á su uso. Me he detenido en estos límites, y no he inscrito las palabras de la antigua lengua caídas en desuso; es objeto de otro trabajo, enteramente diferente del mío, y que conviene recomendar vivamente á la erudición. Pero, aun en tales límites, el registro no es completo, porque sería necesario haberlo leìdo todo, y yo no lo he leído; sería preciso no ser el primero en este trabajo, y yo soy el primero que haya reunido y acopiado los materiales, y sobre todo que haya intentado utilizarlos de una manera sistemática y general para el estudio de la lengua.

Dos obras solamente han entrado simultáneamente con la mía, en la vía donde he entrado yo: el Diccionario de M. Dochez y el de que se ocupa la Academia francesa. M. Dochez, que, privado por una muerte prematura de la satisfacción frecuentemente rehusada á un extenso trabajo, no ha visto la publicación de su libro, ha recogido, como yo, ejemplos clásicos y ejemplos anteriores á la edad clásica; pero es el único punto en que coincidimos. El uso que hacemos de esas dos categorías de ejemplos, es enteramente diverso: coloca los ejemplos clásicos unos después de otros; yo los distribuyo según las significaciones; en cuanto á los ejemplos anteriores, no hace uso de ellos por la etimología, ni por la gramática, ni por la clasificación del sentido. Igualmente diré, hablando del diccionario histórico, preparado por la Academia francesa, que el plan que sigue y el mío no se parecen absolutamente. Además, la ilustre corporación aún no ha publicado sino un título, que sólo comprende las primeras palabras de la letra A. Esas tentativas muestran

que un diccionario que funda el uso presente en la historia de la lengua, interesa más y más al público; pero que un trabajo concebido así, quedaba por hacer.

Es el que actualmente se hace en Alemania. Dos célebres eruditos, los hermanos Grimm, han emprendido la tarea de ofrecer á su país un diccionario històrico de su lengua. Esa gran publicación, comenzada hace algunos años, se prosigue con éxito, no obstante la desgracia que acaba de suceder al morir uno de los dos hermanos. Es una prueba más de ese deseo de historia que ocupa á los espíritus.

Mi diccionario tiene por elementos fundamentales una elección de ejemplos tomados de la edad clásica y de los tiempos que la precedieron, la etimología de las palabras y la clasificación rigurosa de las significaciones al pasar éstas de la acepción primitiva á las acepciones indirectas y figuradas. Si se considera el conjunto y la conexiòn de esos elementos, se reconoce que dan precisamente la idea de un diccionario que, usando de la parte de historia inherente á toda lengua, muestra cuáles son los fundamentos y las condiciones del uso presente, y por eso permite juzgarla, rectificarla y asegurarla.

Ciertas personas estarán tal vez dispuestas á creer que un diccionario en que interviene la historia, es principalmente una obra destinada á la erudición. Nada de eso: la erudición no es el objeto sino el medio; y la parte de historia que tiene se emplea en completar la idea del uso, idea ordinariamente muy restringida. El uso no es verdaderamente el lugar estrecho de tiempo, de circunstancias, á que por lo común se confina; á tal uso los mentís llegan de todos lados, porque no tiene en sí razón de sér. El uso completo, por el contrario, tiene en sí mismo su razón, y la comunica á todo lo demás. Así es cómo un diccionario histórico es la antorcha del uso, y no pasa por la erudición sino para llegar al servicio de la lengua.

Imponer á la lengua reglas sacadas de la razón general y abstracta, tal como cada época concibe esa razón, conduce fácilmente á lo arbitrario. Un diccionario histórico restringe esa disposición abusiva. Como consigna los hechos, representa el papel en cuanto á la lengua de las observaciones positivas y de las experiencias en las ciencias naturales. Dados así esos hechos, el análisis, iba á decir la razòn gramatical, se subordina á ellos, y, subordinándose, encuentra la verdadera luz. En efecto, es preciso transportar el lenguaje de las ciencias naturales á la ciencia de las palabras, y decir que los materiales que emplea son equivalentes á los hechos experimentales, equivalentes sin los cuales no puede procederse ni segura, ni regularmente. Después interviene el papel de la crítica lexicográfica y gramatical, esforzándose en sacar de esos hechos todos los datos que encierran. De ese modo la razòn general se combina con los hechos particulares, lo que forma el todo del método científico.

Un diccionario fundado asì, puede definirse una colección de observaciones positivas y de experiencias, dispuesta para ilustrar el uso y la gramática.

Tal es la idea y el objeto de este dic-

cionario. He aquì ahora cómo fué concebído el arreglo de las diferentes partes. Ese arreglo no es indiferente, si se quiere, por una parte, que el lector encuentre claridad por el orden, y por otra, que ponga sin tardanza la mano en lo que busca. La disposición común de todos los artículos, es la siguiente: la palabra, la pronunciación, la conjugación del verbo, si tiene alguna irregularidad; la definición y los diversos sentidos clasificados y apoyados, tanto como puede hacerse en ejemplos tomados de los autores de los siglos XVII, XVIII y XIX; de las notas, cuando hay lugar, sobre la ortografía, la significación, la construcción gramatical y las faltas que deben evitarse, etc.; la discusión de los sinónimos en ciertos casos; la histórica, es decir, la colección de los ejemplos desde los tiempos más antiguos de la lengua hasta el siglo XVI, inclusive; ejemplos, colocados, no según el sentido, sino según el orden cronológico; en fin, la etimología. No será inútil entrar en algunos detalles sobre cada una de esas subdivisiones.

(Continuará.)

HECHOS DIVERSOS.

El artículo intitulado "Centro-América ilustrada" que aparece hoy en "La Revista," honra sobremanera las letras patrias y compromete por ello la gratitud de los que se esfuerzan por enaltecerlas. Nuestros lectores verán, en tal concepto, con agrado la reproducción de tan galante crítica; y nosotros cumplimos con el deber de enviar, á los distinguidos redactores de "La Revista Ilustrada" de Nueva York, el testimonio del más cordial reconocimiento.

***

Los agentes de esta publicación serán servidos de mandar á la más posible brevedad los fondos que tienen en su poder pertenecientes al trimestre vencido con el número 9 de "La Revista."

***

El Director de la Academía Guatemalteca, Dr. D. Fernando Cruz, ha sido nombrado en Wáshington Presidente de la comisión de Derecho Internacional del Congreso Americano. Nos congratulamos por tan merecida como alta muestra de aprecio, que refluye en honra de la República de Guatemala.

AVISO.

D. Miguel A. Urrutia, como al principio se dice, es el administrador de este periódico. A él deben dirigirse los agentes de fuera de la capital y los subscriptores de esta ciudad que tengan que hacer algún reclamo ó solicitud en todo lo que se refiere á subscripciones, desde el número que lleva la fecha del día de hoy.

Dirigirse á la 6ª Avenida Norte, número 49.

Guatemala: octubre 16 de 1889.

IMPRENTA "EL PORVENIR."